

cho, Farmacia y demás profesiones, acaso prematuramente disgregadas—como ciertas repúblicas—del seno materno que desgarraron, también hacen constar el hecho, con la propia exageración del principio racional en el proceso de sus aplicaciones prácticas.

*

Lo que importa para un *feminismo* sano, decente y adaptable al país, es la enseñanza liberal, la verdadera educación física, intelectual y moral de la mujer, al igual del hombre.

*

Mas pareciendo aún poca cosa todo ello, a los llamados «pedagogos» que se han impuesto a este país, esos señores del cuaderno, o «encuadernados», suprimen en su «segunda enseñanza» los libros de texto y, en su modernismo de ilusión, se atreven a proclamar y decir—oficiando como pontífices—*a la ciudad y al orbe*, que el estudiar por libros es cosa antigua, ya en desuso y, sobre todo, muy ocasionada a pueriles equivocaciones, mayormente cuando uno es tonto *a teneris unguis*.

No menos que a los libros, temen y aborrecen la memoria, madre ésta de las musas, según los ingeniosos Griegos, y auxiliares aquéllos del saber, y padres de toda erudición y cultura, en lo antiguo y en lo moderno. Y en su desconocimiento notable de las ideas y las cosas de enseñanza, piensan dichos señores, o se han creído, sin pensar en nada,—que *libros y musas* son y significan algo de poco más o menos, como atiborrarse de pensamientos extraños o rimar propias soñaciones.

Pero lejos de tan ciega creencia y mezquino pensar, es preciso reconocer que toda ciencia, en sí misma y sus aplicaciones, por cuanto exige propia meditación, vida y movimiento internos—como un recuerdo y despertar de verdades adormecidas o secretas,—es obra de las musas, tanto como toda creación artística y toda plástica representación de bellezas ideales.

Asimismo debe comprenderse que, siendo la lectura